

EXPRESO IMAGINARIO

PUNK

Un tajo violento
en la
musica popular

GAUGUIN
¿Un pintor
en el paraíso?

FERLINGHETTI
La poesia
desconcertante

GONG
todo el rock
en MORDISCO



ACCIONES CREATIVAS

Se trata de eliminar la distancia entre la necesidad de expresarse —de hacer formas exteriores con las cosas que pasan adentro de uno—, y todo el aparato cultural que la sociedad ha creado alrededor de esa necesidad. Una pared construida a base de carreras, categorías, premios, dictámenes solemnes de idoneidad profesional: un desarrollo de la envergadura social detrás de la etiqueta de "artista", individuo consagrado por años de esfuerzo y dedicación, dominador de una técnica imperfeccionable, e íntimo amigo de musas y duendes misteriosos sólo accesibles a los elegidos por la gracia. Todo lo cual está muy bien si no olvidamos que la energía creadora nunca fue patrimonio de nadie ni artículo de prestigio antes de ser la expresión de lo que pasaba adentro de un ser humano en contacto con otros seres humanos. Y con miles de seres animados e inanimados que ininterrumpidamente se tocan y se transmiten mensajes, de la flor a la piedra, y de la piel a la arena. Y que eso es algo que nos pasa a todos. Es una circulación vital que no puede quedar congelada hasta tanto aprendamos a manejar un lenguaje super elaborado. Es un aquí y ahora de decir las cosas, de usar ese lenguaje para mostrarnos, conocernos, prolongarnos, comunicarnos, hacer vida. No para destacarnos. Si para mezclarnos. Y sin embargo es lo que ha sucedido. Las personas no nos atrevemos a usar un pincel, palabras, instrumentos, ni nuestro propio cuerpo para expresar lo que sentimos, para sacarlo para afuera estableciendo una relación con el mundo. Porque hemos aprendido que eso hay que saber hacerlo, hay que aprenderlo, trabajar mucho, y estar dotado de un talento especial.

En el Taller de Acciones Creativas están trabajando para que la gente recupere una relación directa y sencilla con los materiales que sirven para expresarse (en este caso plásticamente). Enseñan técnicas accesibles, y con ellas proponen "liberar esa fuerza creadora reprimida con el paso de los años". Mirtha Dermisache, la creadora del Taller, comenzó enseñando a pintar a chicos en varias escuelas, y desde allí se interesó por devolver al adulto la soltura creadora que en los niños es un atributo natural. Porque, como reza la tarjeta de presentación del T.A.C.: "¿Todos los que hoy somos adultos hemos tenido acceso a



una libre expresión gráfica durante nuestra infancia? ¿Por qué cuando el adulto tiene ganas de expresarse gráficamente, debe recurrir a un aprendizaje racional y sistematizado? La propuesta es hacer e investigar sin preconcepto alguno sobre las posibilidades expresivas directas de cada uno. Para ello se enseña en poco tiempo una serie de técnicas gráficas y se pone a disposición de los grupos todos los materiales y todo el tiempo que necesiten. Esta primera etapa que dura 21 semanas comienza con una clase de dactilopintura y continúa con la técnica de la hoja mojada, de la esponja, de la bencina, collage, modelado en arcilla, tallado en jabón, anilinas, monocopias, estructuras en el espacio, cartulinas, etc. Y en todo ello proponen que "no importa lo que pasa en la hoja de papel, lo importante es lo que pasa adentro nuestro", descartando así gran parte de los argumentos de la vergüenza y los prejuicios. Se trabaja una vez por semana y cada clase se centra alrededor de una técnica. El Taller provee todos los materiales. A veces siguiendo espontáneamente el ritmo de la música, individualmente, colectivamente, sin hora de irse, los grupos van abriendo para sí mismos y entre sí un mundo de espacios y colores que los refleja y los extiende, y la represión adulta de la posibilidad de hacer arte se va aflojando hasta convertirse en una experiencia natural y generalizada.

Al terminar esta etapa se forman los grupos del segundo tiempo. En ellos se continúa con el aprendizaje de técnicas pero la relación entre el coordinador y el grupo es más fluida. El grupo se conduce más a sí mismo y el equipo orientador puede llegar a sentir que ya ha enseñado todo lo que sabe. Se propone a los integrantes que

coordinen clases, que propongan técnicas, ideas, o utilización de materiales insólitos. Los coordinadores originales colaboran a su vez con asesoramiento técnico e ideas. Mirtha nos cuenta que esta apertura que se inicia en el segundo tiempo dió pie a experiencias realmente hermosas que quedaron incorporadas a la vida del taller. Como la idea de una alumna de poner una montaña de arcilla encima de la mesa y realizar una enorme escultura colectiva. O la de otra alumna que propuso una clase de máscaras con bolsas de papel, telas, lanas, etc, que derivó en una verdadera fiesta de disfraces.

Esto es lo que enseñan en el Taller de Posadas 1209. Las paredes están forradas de enormes pinturas colectivas, "que cambian todas las semanas", nos dice Mirtha, y hay estantes colmados de todo tipo de apetitosos elementos de pintura dispuestos con un orden asombroso. Pero la experiencia, que ya lleva seis años, no se redujo al ámbito del taller. La idea de este equipo, formado por Mirtha, Martha Buratovich, Jorge Luis Giacosa, Liliána Schwartz y Silvia Vollaró, fue siempre la de llevar las técnicas, y la noción de que todos podemos pintar como lo hacen los niños, a la gente de la calle. Lo hicieron por primera vez en la galería Carmen Waugh (1974), y luego vinieron las Jornadas del Color y de la Forma realizadas en el Museo de Arte Moderno, una en 1975, tres en 1976, y una en 1977. En cada una de ellas, el gran salón del 8vo. piso del Centro Cultural General San Martín quedó abierto al acceso libre y gratuito del público adulto. Todo el mundo podía entrar allí y expresarse gráficamente, disponiendo para ello de materiales e instructores que les explicaban individualmente varios tipos de

técnicas en diferentes mesas. El éxito fue total. Todos quisieron estar allí. Las colas de gente doblaban por la calle Paraná, y los coordinadores de la experiencia no daban abasto. Todos querían jugar y descubrían que tenían permiso para hacerlo. Empleados, amas de casa, paseaderos dominicales, estudiantes, se congregaron en las mesas de monocopias, dactilopintura, bencina, arcilla (individual y colectiva). En los murales colectivos se formaron grupos de trabajo entre personas que nunca se habían conocido antes, y que entablaron así una relación, en un contexto de intercambio desconocido. Y algunos se invitaba a opinar a los participantes, la gente escribió innumerables veces: "Que se repita", y "Al Luna Park". Pero cumplir este pedido no es tarea fácil. En todos los casos ha requerido un esfuerzo organizativo descomunal, que incluye conseguir la entrega del sitio, la donación de materiales en gran cantidad por parte de las pinturerías, y la movilización coordinada de un grupo enorme de personas, gran parte de ellos alumnos del taller. Y todo hecho a pulmón.

Con respecto al público Mirtha nos cuenta: "Las jornadas estaban pensadas para gente mayor de 18 años. Pero cada vez hubo que ir bajando el límite, hasta que llegamos a admitir mayores de 15 años. Porque los chicos hacían cualquier cosa por entrar. Y si no podían entrar se quedaban en las escaleras, o en el salón de la Planta Baja, formando grupos y tocando la flauta. Un clima muy lindo. Es a raíz de esta reacción de los chicos que actualmente estamos pensando en formar un grupo de adolescentes.

Me acuerdo que una noche de uno de los últimos días de la Jornada, un grupito de entre 15 y 18 años copó la mesa de modelado colectivo en arcilla. Algunos de ellos habían observado que al cerrar cada día, la escultura era destruida para volver a utilizar la arcilla al día siguiente. Bueno, nos pidieron destruir ellos mismos su trabajo al terminarlo. Se pusieron a modelar entre todos algo que llamaron "La Guardería de Padres", una especie de gran fortaleza. Ya era de noche y todo el mundo trabajaba en silencio en el salón. De pronto los pibes empezaron a cantar bajito, y cantando fueron rompiendo todo, pero no era una cosa agresiva. Fue algo muy emocionante".

Ana Reig